

El viejo y el niño: Una obra singular

Por: Mariano Aguirre

Junto a Enrique Lihn, Armando Uribe y Jorge Tellier, Efraín Barquero (1931) es uno de los escritores más significativos de esa promoción poética que comenzó a publicar durante la década del cincuenta. Después de veinte años -exilio mediante- ha regresado al país, instalándose en el litoral central, alejado por el momento de los agites ciudadanos, de este Santiago que ha sido un espacio ausente de su escritura.

Su presencia es otra. Es literaria, porque sin aspaviento alguno su retorno ha estado signado por la aparición, en los últimos meses del año reciente, de tres libros, dos de poesía y uno de prosa.

Mujeres de oscuro y A deshora, poemarios publicados por Editorial Sudamericana, y el breve relato El viejo y el niño, editado por Andrés Bello.

Las continuidades y discontinuidades del proceso de Barquero -más las primeras que las últimas, pienso, provocan una reflexión extensa (e intensa) no posible en estas cortas líneas. Ambos, por cierto, concebidos en el extranjero, tienen en el motivo del extrañamiento uno de sus basamentos fundamentales. Me centraré, entonces, en la singular narración que es El viejo y el niño.

Es singular porque no es, genéricamente hablando, ni una novela, ni una nouvelle, ni un cuento. La cuarentena de breve capítulo que integran el relato -cada uno de no más de tres páginas-, más que formar una trama narrativa construyen una atmósfera poética. Algo similar

a lo que ocurre en El Principito de Saint Exupéry.

El acontecer está dado por la relación que se establece entre un solitario anciano y un extraño niño cuyo origen sólo es determinado por el omnisciente narrador de la siguiente forma: "Hasta que un día vino el niño como si saliera del interior de una montaña estremecida". Tal vez sea sólo eso, un hijo de la tierra cuya sabiduría es ancestral. A su vez el pequeño ante la extrañeza que le había causado su aparición al viejo, le dice: "Era la primera vez que estaba frente al fantasma de un niño".

Gran parte del relato está estructurado en base a la comparación, a las distintas maneras en que los personajes miran el mundo, en especial a la naturaleza, aunque también a ellos mismos. Si en un capítulo son los árboles o los animales, en otro pueden ser las manos o los ojos:

pueden ser el caminar como también observar la noche. Son el anciano "dos eternos vagabundos" que se van complementado de tal forma que el anciano puede mirar la lejanía y el niño lo minúsculo, tanto que el primero dice: "Es increíble, tenemos la misma edad, tú por dentro y yo fuera". La curiosidad que sienten por lo que los rodea y sus propios cuerpos es la motivación que hace de cada capítulo un todo en sí mismo, un detenerse ante un aspecto de este sorprendido y sorprendente mundo.

Estos personajes viven en un presente suspendido, en que pareciera que el transcurrir del tiempo también fuese sólo un motivo más de observación y reflexión.